

es que Quiroga era un hombre difícil, huraño y malhumorado. Emir Rodríguez Monegal cuenta que un día el director de un periódico local fue a buscarlo a su finca de San Ignacio y lo encontró trabajando la tierra. Quiroga le espetó: «¿Qué quiere?», y el periodista contestó: «Quería verle». «Bueno, ya me ve», y siguió trabajando. De esta forma, como asegura su amigo Ezequiel Martínez Estrada, se fue quedado solo: «La amistad de Quiroga no era fácil de llevar. Y así como iba desprendiéndose, sin quererlo y sin poder evitarlo, de personas ligadas por vínculos familiares que no congeniaban con él en el secreto de sus afinidades, así iba despojándose de las amistades, escogidas o no, hasta que llegó al extremo de encontrarse solo. Y lo aterrorizó».

Ese mismo año empieza a sufrir serios trastornos de salud por lo que tiene que abandonar Misiones para buscar atención médica en Buenos Aires, donde es operado de emergencia por una afección en la próstata. Durante su recuperación debe permanecer internado en el Hospital de Clínicas y allí lo visitan sus pocos amigos, aunque también le dan permisos de salida. Al cabo de cinco meses de estar internado, la mañana del 18 de febrero de 1937, tiene una cuidadosa conversación con los médicos, la cual le confirma que padece de un incurable cáncer gástrico. Esa tarde visita a Julio E. Payró y a su hija Eglé. Antes de regresar al hospital compra cianuro y llega al hospital a las once de la noche; al día siguiente lo encuentran muerto. El día antes de su suicidio lo había visitado Alejandro Storni, hijo de Alfonsina: «él tenía miedo [pero] era una persona muy orgullosa. Irónicamente me dijo: “Vine aquí porque quería ver una exposición de flores”. Al día siguiente compró cianuro y era tan corajudo que nadie se dio cuenta hasta el día siguiente». Al entierro de Quiroga acudieron sólo unas cuantas personas, entre ellos Lugones, que indignado comentó cómo un hombre de su talento había podido «matarse como una sirvienta», aludiendo a la costumbre de las empleadas domésticas de la época, quienes solían suicidarse con cianuro. Sin embargo, la amiga incondicional de Quiroga, Alfonsina Storni, le dedicó un poema en el que elogiaba su valiente decisión: «Más pudre el miedo, Horacio, que la muerte / que a las espaldas va. / Bebiste bien, que luego sonreías... / Allá dirán».

Alfonsina Storni se arrojó al mar a los cuarenta y seis años desde el espigón de la playa La Perla (Mar del Plata), la madrugada del 25 de octubre de 1938. Días atrás había enviado a *La Nación* un poema de despedida, «Voy a dormir».

Alfonsina se convirtió en madre soltera en 1912, cuando tenía veinte años, algo que las convenciones sociales y los prejuicios morales de

entonces censuraban de forma despiadada. Asimismo, se atrevió a inaugurar una poesía sincera en la que lo erótico, el cuestionamiento de las relaciones entre los sexos y la ironía, acompañaban al desamor, el dolor, la denuncia de lo patriarcal y la doble moral, utilizando imágenes de autosuficiencia femenina a menudo desgarradoras. Trabajó duró toda su vida, obligada a hacerse a sí misma en Buenos Aires para mantener a su hijo, pero también para encontrar su lugar en el mundo literario; trabajó como maestra en colegios, escuelas de teatro y en un centro para adultos; escribiendo artículos periodísticos, ensayos, obras de teatro, poesía y narraciones; dictando conferencias y leyendo poesía en bibliotecas de barrio. Para finales de los años veinte se había convertido en una mujer profesional consolidada en el mundo intelectual bonaerense, un mundo regido por hombres; son varias las fotografías en la que aparece como única mujer en tertulias o comidas de escritores. En pocas palabras, Alfonsina rompió los moldes femeninos de su época y ayudó a perfilar a la mujer moderna argentina.

Sin embargo, no le fue fácil llegar hasta allí. Creció en la provincia (primero en San Juan y luego en Rosario) donde tuvo una infancia difícil: su padre era alcohólico, emocionalmente inestable, y en los últimos años de su vida se embarcó en negocios que terminaron en la ruina; murió cuando Alfonsina tenía catorce años. Por lo tanto la madre debió hacerse cargo de sus cuatro hijos, primero trabajando como maestra particular y luego realizando labores de costura. Como no había dinero para pagarle la escuela, Alfonsina debió abandonar sus estudios y ayudarle a su madre: solían coser hasta bien entrada la noche. Más tarde ingresó como aprendiz en una fábrica de gorras. A los quince años intentó buscarse la vida en el teatro, pero más adelante decidió estudiar y obtener un título de maestra rural. En 1911 entró a trabajar en una escuela de Rosario; es en esa ciudad donde se enamora del padre de su hijo, un hombre veinticuatro años mayor que ella, casado, de buena posición social y diputado. Embarazada, sola y pobre, decide marcharse a Buenos Aires a empezar de nuevo, preparada a partirse la espalda para darle a su hijo una vida digna.

Esa lucha, a la que tuvo que enfrentarse continuamente, marcó los matices de su sensibilidad e inseguridades. En una carta a Julio Cejador escribe:

(...) sufro achaques de desconfianza hacia mí misma. De estos achaques la voluntad sale mal parada: me echo a dormir, sueño. De pronto la fiebre me posee y lo olvido todo: en estos momentos produzco, publico. Y el círculo de es-

tos hechos se prolonga sin variantes sobre la misma espiral... ¡Es que a las mujeres nos cuesta tanto esto! ¡Nos cuesta tanto la vida! Nuestra exagerada sensibilidad, el mundo complicado que nos envuelve, la desconfianza sistematizada del ambiente, aquella terrible y permanente presencia del *sexo* en toda cosa que la mujer hace para el público, todo contribuye a aplastarnos. Si logramos mantenernos en pie es gracias a una serie de razonamientos con que cortamos las malas redes que buscan envolvernos; así, pues, a tajo limpio nos mantenemos en lucha. «Es una cínica», dice uno. «Es una histérica», dice otro. Alguna voz aislada dice quedamente: «Es una heroína». En fin todo esto es el siglo nuestro, llamado el siglo de la mujer.

Sin embargo, Alfonsina, al contrario del mito que la rodea, no era una mujer triste y abatida todo el tiempo. Sus amigos la recuerdan como una mujer enérgica, poseedora de un gran sentido del humor, de una carcajada fresca. En el café Tortoni o en el *grill* del hotel Castelar, donde se solía reunir con amigos escritores y artistas, ella era el centro de atención: cantaba tangos, bailaba, jugaba al truco, contaba chistes. También se permitió relaciones amorosas; vivió un corto pero intenso romance con su amigo Horacio Quiroga, entre otros. De hecho, algunos de sus comentarios desinhibidos han sido rescatados del olvido por Josefina Delgado: durante unas vacaciones en Mar del Plata, le presentaron al apuesto joven poeta, Francisco López Merino (quien se suicidó en 1928), quince años menor que ella; ese día el mar estaba revuelto y el cielo agrisado, y todo parecía indicar que se acercaba una tormenta; el joven comentó el mal tiempo y Alfonsina replicó: «Sí, sí, pero ideal para estar entre dos sábanas, con alguien como usted, por ejemplo».

Cuando le diagnostican un cáncer de mama en 1935, Alfonsina se derrumba. En esos momentos, esta enfermedad estaba rodeada de silencio, lo que contribuía a aumentar el sentimiento de miedo de la víctima. Alfonsina se somete a una operación en la que pierde uno de sus senos. A partir de aquí, su vida y su poesía dan un vuelco. En la «Breve explicación» que antecede a los poemas de su último libro, *Mascarilla y trébol*, escribe: «cambios psíquicos fundamentales se han operado en mí: en ello hay que buscar la clave de esta relativamente nueva dirección lírica...» Los poemas de este libro son de una belleza pavorosa. Como explica Rachel Phillips, desde el título del libro se puede intuir un ambiente intrigante y enigmático, donde sobresale la idea de muerte y el deterioro humano; «mascarilla», precisamente, hace alusión a la pérdida del rostro, sustituido por facciones falsas y animadas. Sin embargo, el hecho de que Alfonsina le contraponga un trébol hace pensar en los rasgos regenerativos de la naturaleza –nacer,

morir, renacer—, ya que el trébol se arraiga a la tierra, sobrevive. Cuando Alfonsina le leyó estos poemas a su amigo Manuel Ugarte y éste mostró sus reservas, ella rió irónica y le dijo «Es que yo ya no tengo corazón». A él le dirá también: «El día que me sienta cansada de vivir me pondré una lata vacía en el lugar que antes tenía un seno y me dispararé un tiro, apuntando bien...» Pero no sólo eran razones personales las causas de su decepción. Buenos Aires había dejado de ser la ciudad derrochadora de cultura que había sido en los años veinte. La dictadura militar había impuesto la censura; los años del presidente Alvear, amante de la ópera, la poesía y las tertulias del café Tortoni, que tanto había apoyado a artistas e intelectuales (precisamente había creado una cátedra de declamación para Alfonsina), habían quedado atrás. Ahora los artistas eran marginados a su suerte y abandonados a su pobreza. La desesperación de Alfonsina, respecto al clima asfixiante de Buenos Aires, se evidencia en la conversación que tuvo cierto día con un embajador latinoamericano, al que le dice: «¿Por qué no me invita usted a ir a dar conferencias o lecturas a su país? Haga cualquier cosa... Sáqueme de aquí...» Asimismo, en un artículo necrológico que la poeta le dedica a Lugones, subraya la misma idea: «Equivocado o no, combativo o no, incomprensivo o no, ¿ha estallado por causa de la alta presión a que es sometido el creador en nuestros hornos?»

Los últimos años de su vida fueron dolorosos y contradictorios. No quiere morir pero se niega a seguir el tratamiento de radio. En enero de 1938 se descubre un ganglio inflamado en la garganta y, a partir de allí, la enfermedad avanza implacablemente. Para septiembre se encuentra francamente mal. Pronto le diagnostican pocos meses de vida y deben suministrarle morfina para apaciguarle el intenso dolor. Además, recibe la noticia del suicidio de Eglé Quiroga, de apenas veintisiete años, quien padecía de un tumor maligno en el pecho; este hecho la deja devastada, pero cree ver en este, una señal del camino que debe seguir. Cuenta su hijo: «Últimamente estaba inquieta. Me entregó los recibos de su sueldo para que yo, si pasaba algo, los cobrara. Yo no los cobré nunca, no quise porque eran suyos...» El 19 de octubre se marcha a Mar del Plata, supuestamente a descansar. Allí intenta animarse, sale a caminar, escribe. Pero la noche del 24 sufre un ataque tremendo que la desgarrar: sus quejidos se escuchan por los pasillos de la pensión en la que se hospeda hasta que un médico local acude a inyectarla. Cuando el dolor ha mermado, le dicta a la mucama una carta para su hijo: «...te adoro, a cada momento pienso en ti, (...) sueña conmigo, lo necesito». Una vez sola en su habitación, y con gran esfuerzo, escribe